

El país de las hadas

Jonathan Gómez Narros

Érase una vez un país donde toda la gente creía en las hadas. Un país lejano, perdido en el tiempo, en el que el poder no era patriarcal ni matriarcal, sino omniarcal, es decir, un poder igualitario, sin empoderamientos, sin violencia, sin ideologías...

Las creencias religiosas eran personales y no impuestas por ningún Dios ni fuerza celestial. Nadie dirigía los pensamientos ni ideas de la población. Hubo una época en la que la cosmogonía de este país era muy parecido al que había en Grecia y Roma: cada uno de los seres divinos representaban una fuerza de la naturaleza, estando el rayo en el centro de la cúpula celestial. Otro de los momentos más importantes de la historia de este país estuvo marcada por la presencia de un Dios omnipotente, unipersonal y bondadoso al que uno de los héroes del pueblo, Friederich, el de nobles bigotes, ahuyentó del país, junto a sus seguidores, expulsándolo y recuperando para la población la paz, la tranquilidad y la apertura de mente que se había perdido cuando se le adoraba. En la actualidad, existía entre la población algo parecido a aquellas fuerzas telúricas del principio de la historia, pero identificándolas en unas pequeñas figuritas, casi de cristal, con alas, parecidas a las hadas, pero sin serlo, que representaban a todos y cada uno de los que existen...

Érase una vez un país fecundo, donde toda la población tenía el trabajo con el que soñaba de niño. La vegetación, frondosa y verde, acaparaba todo el territorio del país, exceptuando la zona montañosa del norte y el Gran Desierto de las Islas del Sur, con sus maravillosos oasis. Los ríos, caudalosos, regaban todos los pequeños pueblos y cantones en los que se dividía el país, con un agua límpida, cristalina. Los mayores que viven en los cantones del norte, los de las montañas, cuentan que, cuando eran jóvenes, se bañaban en ríos cuyo cauce transportaba un líquido parecido a la leche, una especie de hidromiel, que les saciaba y nutría en los duros años de las Grandes Guerras.

Érase una vez un país...

Desde la tranquilidad de mi casa rememoro con una sonrisa esos meses, antojándoseme lejanos, inciertos, parecidos a un buen y reparador sueño. O años, no lo sabría definir. El tiempo no pasaba en ese pueblo ni en el país entero... Ese país en el que todos creíamos en las hadas.

Mi llegada a ese pueblo no estuvo exenta de polémica. A los lugareños no les gustaban las visitas ni los forasteros... Todas las miradas se dirigían hacia a mí de manera torva, indirecta, inquisitiva, a pesar de que todos los rostros mostraran una sonrisa y transmitieran una felicidad un tanto perturbadora.

Durante las primeras semanas en aquel país apenas hablé con nadie. No me apetecía salir de casa ni ver aquellas caras redondas, de ojos pequeños y orejas y narices puntiagudas, de cabellos largos y ralos y su manera, a mi modo de ver, rara de flotar y sus formas nerviosas de articular palabras y sonidos inconexos. Me costaba mirar por las ventanas de mi pequeña casa y ver cómo cada día en un lapso de tiempo, que no logré determinar, salía la luna y se ponía dos veces, estando el sol aún en el cielo. Lo que para muchos podría considerarse locura, para mí se convirtió en una costumbre

hermosa que los días de niebla, densa y baja, provocaba que mi carácter se ajara y estuviera amargado durante la presencia de lo que denominaban los viejos como «blancura pasajera». Hasta que llegó ella y logró que saliera de casa, me relacionara con gente y conociera lo que me rodeaba y, finalmente, despertara...

Su presencia era habitual en mi pequeña casa, logrando que todo resplandeciera a su paso. Y lo digo de manera literal. Sus cabellos rubios y su tez blanquecina hacían resaltar unos ojos grandes, azules; su cuerpo exuberante y piernas torneadas gracias a las tardes en las que se perdía por las montañas de su pueblo norteño natal desprendían una luz aguamarina, distinta a la del resto de habitantes.

—¿Por qué no sales nunca de casa? —me preguntó una tarde en la que la había invitado a tomar agua con limón y tarta de manzana dulce.

—Si te digo la verdad, ¿me creerás? —le respondí. Temía esa pregunta y más que me lo preguntase ella. Vi que asentía con una sonrisa brillante, que me transmitía confianza. Proseguí. — Me avergüenza no ser como los demás. Todos tenéis esa aura tan preciosa de colores. Tú, por ejemplo, la tienes plateada. El señor Bedwin, mi vecino, magenta; su señora, rosa; sus hijos, los tres, la tienen roja...

—Eso es porque son trillizos —rio recostándose gozosa en el sofá recubierto de piel de ñu. — No te preocupes por eso. Hazme caso. Tú también tienes un color: el índigo. ¿Sabías que esos colores nos definen y protegen? El tuyo representa la espiritualidad y la intuición y las ansias ilimitadas del conocimiento... Es un color extraño... Según dicen los Ancianos, es un color íntimamente unido al plano celestial, por eso te miran con recelo cada vez que te cruzas con ellos. No porque seas un forastero...

—¿Cómo sabes que...? —comencé a preguntar, pero me cortó con su linda sonrisa

—Aquí pocos sabemos oír los pensamientos. Yo entre ellos. Por eso me atraes tanto — Ante eso me sonrojé, mientras que ella tomaba agua con limón en la tacita de porcelana sin ningún rubor. — Los que tenemos el aura plateada somos capaces de estimular al resto de colores y proporcionar las energías necesarias para salir adelante, para que todos lleguemos a nuestros destinos. Por eso estoy aquí, para ayudarte a salir de este pueblo, de este país y vuelvas a tu hogar.

—Pero... yo no quiero volver —dije con tal voz que daría lástima a cualquiera. Menos a ella, porque su mirada me petrificó.

—No digas eso. Jamás. Debes marchar de este país. Cuanto antes mejor. No por nosotros, no creas, sino por tu bien... Esta no es tu tierra.

Este fue el único momento en que su aura se entristeció y palideció. Un escalofrío recorrió mi médula espinal y quise que volviera a brillar como antes. Me acerqué a ella, me senté en el sillón recubierto con piel de ñu y la abracé. En un leve susurro le transmití las palabras para que recobrar su luz: «Si me dices cómo, me marcharé».

Fueron unas semanas intensas. Moira, como hizo que la llamara, me condujo por todos los lugares más recónditos, hermosos y misteriosos del país. Moira me dijo que no se llamaba Moira, que iba cambiando de nombre según el nuevo morador del pueblo. Algo típico entre las auras argéneas...

En primer lugar nos dirigimos al Lago de la Princesa Olvidada, un lugar para relajarse y recordar, a pesar de la contradicción, todo lo vivido. Ahí me di cuenta de que mi vida había sido muy normal, una existencia sin pena ni gloria, un ser gris que pasaba sin llamar la atención... Una mano cálida se posó en ese instante en mi hombro haciendo brotar los mejores momentos de mi vida: la pasión por mi trabajo, las amistades que estaban junto a mí y también las que había dejado a un lado, el amor...

—Es normal lo que te pasa. Por eso te he ayudado a recordar lo bueno de tu persona — Una gran sonrisa me animó a seguir recordando, mientras Moira seguía hablándome— En este lago, según reza la tradición, una antigua princesa de los Reinos Remotos se enamoró perdidamente de un príncipe de los Reinos Contrarios de Oriente. Su amor, como en todas las leyendas de este tipo, era imposible: primero porque eran de reinos enemistados, segundo porque sobre él recayó una horrible maldición que, por amar sobremanera a la princesa de los Reinos Remotos, la condenó y provocó que muriera, ahogada, en este bello lago.

»Si te fijas bien, los seres que están a la orilla del lago, esos diminutos seres que tienen un aspa a modo de cola, cuidan no solo de la pureza de las aguas y de la eterna sepultura de la princesa, sino que son los que te provocan que rememores toda tu vida.

—¿Y esos que son de color negro? Porque todos irradian una luz casi cegadora...

—Esos son los recuerdos que se han perdido y no podrás recuperar... Tienes suerte, porque son pocos y los más débiles de todos. He conocido a grandes personas en la misma situación en la que te encuentras tú y... —Las lágrimas se apoderaron de mi amiga y no pudo terminar de contarme qué les ocurrió

Tras salir de la región del Lago, una tarde de luna seminueva, nos dirigimos con paso decidido a las regiones del Norte, para lograr fortalecer mi mente y mi cuerpo. Tal y como me había ido contando Moira, en las diversas rutas por las montañas fui descubriendo diversos animales que antes no había visto ni imaginado su existencia y mis piernas fueron torneándose y mi espíritu se fue fortaleciendo hasta tal punto que mi compañera de viaje no lograba seguir mi paso. Entre los riscos descubrimos unas pequeñas plantas cantarinas que nos animaban en los días de llovizna; desde las cimas de las montañas, admiramos a las grandes aves de plumaje dorado y de doble pico que, con sus graznidos terribles, hicieron temblar nuestros ánimos; fueron tantas maravillas las que vi en las montañas, que mil veces estuve tentado de quedarme a vivir allí, pero siempre que caía en esos pensamientos, Moira me recordaba lo que le había prometido.

Tras pasar los Valles Rojos, con sus amables gentes y sus suculentas comidas, llegamos a un paraje desolador, a la par que bellísimo: los Enormes Hielos.

La visión del paisaje me impresionó. Ni el frío ni los vientos huracanados lograron asustarme, sino la soledad que respiraban aquellas almas que vagaban como «caminantes grises» sin rumbo fijo.

Moira me agarró la mano con fuerza y me susurró:

—En este punto nuestros caminos se separan —Mi cara de espanto le hizo convertir un momento tan serio en una carcajada sonora, que hizo que todo lo que nos rodeaba temblara. — No te preocupes, sabrás cómo atravesar esta región solo. Recuerda este viaje que hemos realizado, es lo que te dará las fuerzas necesarias.

—Pero... ¿por qué no vienes conmigo?

—No puedo pisar estas regiones. Desaparecería. El frío de estos lugares afecta a los argénteos, de tal forma que podríamos perecer. Ahora debes marchar hacia aquellas luces— Su dedo se dirigía hacia lo alto de un montículo, no muy alto ni muy lejano de donde nos encontrábamos. Mi corazón se encogía cada vez que pensaba en que me separaría de Moira en unos segundos. — Antes de llegar allí, deberás obtener una información crucial, una letanía que hará que puedas cruzar las Elevadas Puertas del Cielo. Pregunta a los caminantes. Algunos no la sabrán y no te contestarán; otros huirán de ti, por el color de tu aura; los menos te dirán lo que les pides. Pero recuerda cuál es tu meta, se fuerte. Muchos de ellos están aquí por sus debilidades. Cree en ti. Tú ya eres lo suficientemente fuerte para volver a tu mundo. Mi misión ha terminado. —Hizo un

pequeño además de acercarse más a mí, pero no lo hizo, se soltó de mi mano y se dio la vuelta. Se lo impedí. La atraje hacia mí y la abracé provocando que nuestras auras se fundiesen y provocaran un estallido de color inusual en aquellas tierras de hielo y frío.

Cuando abrí los ojos, Moira se había marchado. Durante unos minutos me senté en el suelo, meditando si volver sobre mis pasos y correr hacia la aldea que me había acogido hace unos meses ¿o habrían pasado años?

Sacudí con energía la cabeza y me dispuse a llegar a las Elevadas Puertas del Cielo, aunque el camino no fuera nada fácil y tuviera que hablar con aquellos seres grises, que solo caminaban, que gruñían y no poseían ningún tipo de sentimiento...

...donde la gente apenas creía. El mundo que conocía se derrumbó cuando abrió los ojos. Todo ese mundo de hadas, gente sonriente, verdor y animales cantarines se trocó en una sala blanca, aséptica, con gente parecida a los “caminantes grises”, pero, a diferencia de ellos, los sonidos que emitían eran reconocibles, entendibles.

Cuando abrió los ojos, en esa cama de hospital, se dio cuenta de que había conseguido lo que había prometido a Moira y, cerrando los ojos de nuevo, pero sin caer en el antiguo sopor que le invadió hacía meses, tal vez años, no lo lograba recordar, rememoró el aura de plata de su compañera y de cómo le había dado las fuerzas necesarias para cruzar las regiones de aquel país extraño... Lo único que deseaba era que, cuando abriera los ojos, Moira se encontrara allí, a su lado. Sonrió.